



## INDALECIO PRIETO ENJUICIA EL PAPEL DEL GOBIERNO DE LA REPÚBLICA EN EL ESTALLIDO DE LA GUERRA CIVIL

**Antonio Marquina**<sup>1</sup>  
*Director de UNISCI*

### **Resumen:**

El documento que procedemos a transcribir es una grabación efectuada por Indalecio Prieto el 28 de marzo de 1961 en la casa de los esposos Rafael y Guillermina Supervía, en Washington. La grabación se puede dividir en cuatro partes. Una primera, de introducción, donde Prieto narra cómo fue invitado a México y el anhelo por volver a España de los republicanos exiliados. Luego la narración de los acontecimientos del 14 de abril con la instauración de la II República. El tercer apartado se refiere al pronunciamiento militar del 17 de julio, que enlaza con la última parte del documento relativa a la opinión de Prieto sobre Manuel Azaña.

**Palabras clave:** Guerra Civil Española, II República Española, Indalecio Prieto, Manuel Azaña.

**Title in English:** *“Indalecio Prieto Assesses the Role of the Republic’s Government in the Outbreak of the Civil War”*

### **Abstract:**

*The document that we transcribe is a recording made by Indalecio Prieto at the home of Rafael and Guillermina Supervía, in Washington D.C. The recording is divided into four parts. First, an introduction where Prieto tells how he was invited to Mexico and the desire of the exiled Republicans for returning to Spain. Then, an account of the 14 April events, with the establishment of the II Republic. The third part deals with the military coup on 17 July, which is related to the last part of the document, on Prieto’s opinion about Manuel Azaña.*

**Keywords:** *Spanish Civil War, Second Spanish Republic, Indalecio Prieto, Manuel Azaña.*

Copyright © UNISCI, 2006.

Las opiniones expresadas en estos artículos son propias de sus autores, y no reflejan necesariamente la opinión de UNISCI. *The views expressed in these articles are those of the authors, and do not necessarily reflect the views of UNISCI.*

---

<sup>1</sup> Antonio Marquina Barrio es Catedrático de Seguridad y Cooperación en las Relaciones Internacionales en la Universidad Complutense de Madrid, y Director de UNISCI.  
*Dirección:* Departamento de Estudios Internacionales, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, UCM, Campus de Somosaguas, 28223 Madrid, España. *E-mail:* [marioant@cps.ucm.es](mailto:marioant@cps.ucm.es).



## Introducción

El documento que procedemos a transcribir es una grabación efectuada por Indalecio Prieto el 28 de marzo de 1961 en la casa de los esposos Rafael y Guillermina Supervía, en Washington, en un tono familiar e informal que da un colorido especial a este documento sonoro, excepcional por tantos motivos.

Esta tertulia en casa de los esposos Supervía fue previa a una reunión con destacados políticos y periodistas norteamericanos, partidarios y defensores del establecimiento de un sistema democrático en España. Rafael Supervía sirvió de intérprete en la conversación que Indalecio Prieto mantuvo en la Casa Blanca.

Los esposos Supervía fueron íntimos amigos de la familia Prieto. Existen en el archivo familiar —que ordenó Guillermina después del fallecimiento de su esposo, miembro de la Junta Española de Liberación— múltiples cartas de Prieto, muchas de ellas escritas de su puño y letra.

También está en este archivo, encuadernado, el periódico *Democracia*. Fue su alma Rafael Supervía y se empezó a editar en 1942. Estos tomos encuadernados y únicos —ni la Biblioteca del Congreso los tenía—, junto con el archivo, están ya disponibles para los investigadores al haber sido entregados a la Comunidad Valenciana. Constituyen una espléndida fuente de investigación para los estudiosos españoles y extranjeros sobre las actividades de los republicanos en el exilio.

La grabación se puede dividir en cuatro partes. Una primera, de introducción, donde Prieto narra cómo fue invitado a México y el anhelo por volver a España de los republicanos exiliados. Luego la narración de los acontecimientos del 14 de abril con la instauración de la II República. Como es natural, repite algunos datos del capítulo *Jornadas de Abril* en el tomo I de *Convulsiones de España*, pero el relato aquí es mucho más detallado, efectista y vitalista.

El tercer apartado se refiere al pronunciamiento militar del 17 de julio, que enlaza con la última parte del documento relativa a la opinión de Prieto sobre Manuel Azaña. En este punto la riqueza de datos no tiene comparación con el capítulo “Los orígenes de la sublevación franquista” del mismo tomo de *Convulsiones de España*, o la necrología sobre Manuel Azaña en su libro *Palabras al viento*.

Una última parte se refiere al espionaje. Prieto recuerda que Araquistáin organizó en España un servicio de contraespionaje a favor de Inglaterra y el papel del médico Durán en este servicio británico. Su actuación posterior durante la República, en casa de Azaña, tras inscribirse en el PSOE, y finalmente durante la guerra civil, que constituye un apartado de interés.

El juicio que emite sobre Azaña debe encuadrarse en el siguiente contexto: Rafael Supervía fue miembro del partido azañista, por lo que la respuesta de Prieto no constituye un ataque furibundo contra el presidente de la República. El testimonio de Prieto puede considerarse objetivo y desapasionado.

Por otro lado, algunos de estos juicios y acontecimientos ya han sido recogidos por otros autores, como Juan Simeón Vidarte<sup>2</sup>, o en el espléndido estudio de Daniel Sueiro<sup>3</sup>. Vienen a confirmar las conclusiones que en su día dedujimos sobre la inactividad del Gobierno, como

<sup>2</sup> Simeon Vidarte, Juan. Barcelona, 1978.

<sup>3</sup> Sueiro, Daniel: “Consideraciones contra la República”, *Historia 16*, nº 86 (1983).



uno de los factores esenciales del éxito del pronunciamiento militar de 1936, de cara también al recto entendimiento de algunos acontecimientos que rodearon a! 23-F<sup>4</sup>.

En cualquier caso, el juicio de Prieto sobre lo ocurrido tras las elecciones de febrero de 1936 y el papel de Azaña y su Gobierno es muy duro. El papel de Casares Quiroga lo sucedido el 17 y 18 de julio, la huida de Martínez Barrio, el ofrecimiento del puesto de jefe de Gobierno a varios ministros hasta la aceptación de Giral... Todo ello desmitifica el halo de hombre de Estado de Manuel Azaña y subraya la miopía política del Gobierno Casares Quiroga, certeramente calificado como un “Gobierno de domésticos”. La responsabilidad histórica no es necesario subrayarla en este año en que se cumple el centenario de Indalecio Prieto.

### **1. Indalecio Prieto enjuicia la incompetencia del gobierno que permitió el estallido de la guerra civil**

Guillermina Supervía.— [Cuéntenos] Cuando vino de Chile y lo que usted quiere, quedarse en México para siempre.

Indalecio Prieto.—¡Ah!, que yo llegue aquí de... procedente de Chile, adonde fui de embajador extraordinario de la toma de posesión del presidente Aguirre Cerdá. Supongo que estaré a la distancia conveniente [del micrófono], porque el día que llegó Casals al aeropuerto yo empecé a dar gritos (risa) y resulta que los que están acostumbrados a hablar por estos chismes, llamémoslo así, hablan quedo, quedo, quedo, y yo empecé a dar gritos.

Llegamos a Chile en febrero de 1939. Yo iba a Europa con mi hijo, a regresar a Europa, pero el presidente Cárdenas telegrafió a Río de Janeiro, a su embajador allí, que me invitara a venir a México. Yo dije que sí, formulariamente, pero no con propósito de ir, de seguir a Francia, pero al llegar aquí, a Washington. ¿Está bien pronunciado esto de Washington?

G. S.— Muy bien, perfecto.

I. P.— Si no, corríjanlo ahí (risas)... Pues, paramos en la Embajada española, que estaba regentada entonces por Fernando de los Ríos. Y al lado, con un solar por medio, estaba la Embajada de México.

G. S.— Está todavía.

I. P.— Pero... ¿el solar?

G. S.— Está exactamente igual que estaba.

I. P.— Y entonces el embajador era Castillo Nájera, que luego fue ministro de Relaciones, muy buena persona. Ese Castillo Nájera, pues, me hizo ahí una visita *ex profeso*. Que el general Cárdenas quería que fuésemos y tal, ya la guerra... Cuando llegamos nosotros a México la guerra había terminado, la guerra de España. Y nada, íbamos a pasar por México, y figúrese usted, pues hace de esto ya..., ¿cuántos años? Porque yo, que he sido ministro de Hacienda, no sé restar tampoco (risas). De 1931, digo 39, a 1961..., ¿cuántos años van?, alguien, ¿eh?

Varios.— Veintidós.

I. P.— Veintidós, según la declaración autorizadísima de don Rafael Supervía. Pues nada, que íbamos a estar aquí un mes y llevamos veintidós años... Usted verá (risas)

---

<sup>4</sup> Marquina, Antonio: “Juntas militares e intentos de golpe de Estado bajo el Franquismo”, *El País Semanal*, 20 de febrero de 1982.



Una voz — Aquí, ¿no?

I. P.— ¡Ah!, ¡ah!, que es verdad. ¿en Washington?, en este continente. Sí.

Una voz lejos.— En este continente...

I. P.— Y aquí, vamos, y en este continente hemos afincado.

Pura Tomás.— Ya no será por mucho tiempo, don Indalecio...

I. P.— Usted es una mujer muy animosa (risas)...

Guillermina Supervía.— Es la última optimista de España... (risas). La última...

I. P.— Hay optimistas, hay varios optimistas. Hay un viejo diputado socialista, que es el presidente de nuestro grupo, un médico, don Aurelio... Almagro, pues, que cuando viene a mi casa, viene por noticias, porque cree que le voy a decir que la semana que viene nos volvemos, y así lleva varios años.

P. T — Yo soy optimista y no dejo, no dejo de ser optimista.

I. P.— No, si es una fuerza... el optimismo.

P. T.— Hasta qué punto es fuerte en mí la cosa de España, si no tuviera esa idea que tengo de que pronto va a acabar, no sé.... no sé cómo podría vivir.

I. P.— Pues yo iría a España, aunque fuera con barba postiza... (risas), ¡vamos!, la barba la utilizaría para que no me reconocieran, aunque creo que sí me reconocerían, seguro... Si tuviera yo la seguridad de que la barba disimulaba mi rostro definitivamente..., decisivamente, pues mañana me embarcaba yo para España.

Rafael Supervía.— Cuéntenos, cuéntenos, si usted recuerda, y esto seguro de que sí, sus reacciones el día 14 de abril.

I. P.— Pues yo el día 14 de abril... Ocurrió lo siguiente: Las elecciones se verificaron el día 12 por la noche, ¿no?, y nosotros, había un grupo de refugiados, ésta no estaba, estaba mi otra hija conmigo, en un pequeño hotel de la Rue Bosseart, en París; y ... hicimos un llamamiento por medio de los periódicos de que nos fueron dando las noticias y vimos los periódicos de España. Y toda la noche estuvimos recibiendo telegramas de los triunfos electorales en todos los sitios, etcétera. Y nos retiramos ya de día a dormir. El día 13 estuvo a visitarnos don Santiago Alba, era ex ministro monárquico, que estaba refugiado desde la dictadura de Primo de Rivera... Y el día 14 fuimos Marcelino Domingo y yo a devolverte la visita y darte las gracias, y estando con él en el hotel Claridge, en la avenida de los Campos Elíseos, le llamó a él la..., ahora se llama la Agencia France Press, pero entonces era la Havas, le llamaron por teléfono para decir que se había proclamado la República en España, en aquel momento... Entonces Marcelino Domingo y yo, pues, después de recibir la felicitación de Santiago Alba y deseándonos buena suerte, nos volvimos al hotel. Nos volvimos al hotel para ver... de..., ya habíamos recibido allí un... requerimiento telefónico desde Madrid de que saliéramos aquella misma noche para Madrid... Y... fuimos el general Queipo de Llano, este Hidalgo de Cisneros, que era teniente coronel de aviación entonces... Hidalgo de Cisneros creía que tenía algún dinero en la cuenta corriente del Banco de Bilbao, fue allí, y resulta que no tenía un céntimo, se lo había gastado todo (risas). Y entonces en su deseo de apresurar el viaje, pues le adelantamos nosotros el dinero, y salimos de París. Marcelino Domingo, Nicolau D'Oíwer, a quien no habíamos visto, quien fue del Comité Revolucionario también, y yo, como ministro, y el general Queipo de Llano y un... Hidalgo de Cisneros.

Pues en el Quai D'Orsay, en la estación, vinieron unos portugueses que estaban expatriados también, profesores casi todos, catedráticos, a despedirnos. Nos abrazaron, en fin,



y montamos en el tren entre una nube de periodistas que se metió allí: de todo el mundo de los corresponsales de prensa extranjera que habla en París y todos querían declaraciones y cosas, y entonces yo convine con ellos en hacer unas a uno solo de ellos, que fue periodista español, pero corresponsal de La Nación de Buenos Aires. Ortiz de Chagüe, y ése, en la cabina donde yo iba... tenía la cama, pues, con una máquina portátil, me copió las declaraciones y se las transmitió a los demás periodistas. Pero bueno, yo iba haciendo una reflexión, y era ésta, dice: bueno la República se ha proclamado en Madrid, pero nosotros tenemos que ir de Hendaya a Madrid y no sabemos lo que pasará en el trayecto, en Burgos, en Valladolid, etcétera. De manera que ya el júbilo empezó en la estación de Hendaya, donde marchó mucha gente republicana de Irún, pasaron a Hendaya. Yo, ya en Hendaya..., unas impresiones más extrañas que tuve ahí entre una multitud... Irún siempre ha sido un pueblo republicano, de tal manera que ha tenido alcalde republicano más de veinte años a don León de Irrurretegoiena, que era el suegro de Tomás Meave.

R. S.— Blanco Elola fue también, ¿no?

I. P. ¿Blanco Elola? No sé, pero este señor era un señor muy venerable, muy respetable. Tan decente y tan honrado que tenía una agencia de aduanas de lo más productivo de Irún y acabó siendo dueño de la agencia de aduanas su hermano, y él se quedó de dependiente del hermano (risas).

Este era don León, ha muerto en el destierro, ¡pobre!, ha muerto en México. Caballero cabal. En recompensa a su actitud republicana, yo propuse que la primera condecoración de la Orden de la República se le adjudicara a él. Fue el primero.

Bueno, pues en Irún, pues, era una cosa tremenda de gente. Hay que cambiar de tren, porque el ancho de vía es distinto, ¿no?, más ancha la española que la francesa. Y yo veía unos señores de unas gorras galoneadas de oro y de plata que pugnaban por atravesar la multitud para venir a saludarme...

Y digo ¿qué querrán éstos señores? Pero era, es que yo era su jefe porque yo era el ministro de Hacienda y aquéllos eran los empleados de la aduana (risas). Pero yo no me acordaba ya de esa circunstancia y nada, al fin cuando se acercaron a mí y me saludaron, señor ministro y tal; claro, el jefe llevaba unos cordones de oro y otros de plata según la categoría, todas las gorras entorchadas.

Y luego fue..., tuvimos que turnarnos para pronunciar discursos del tren, porque en todas las estaciones salía una multitud de gente, pedía que habláramos, y unas veces lo hacía Marcelino Domingo. ¡Ah!, que en Hendaya se nos agregó Martínez Barrio, que estaba viviendo en Hendaya, y nos turnábamos para hablar. Y... en la estación de Valladolid nos cruzamos con el tren en que marchaba la reina Victoria y sus hijos al extranjero desterrados. Echadas las cortinillas de los vagones. Y en Valladolid, pues, una inmensidad de gente, yo creía que rompían el andén, y llegamos en esa situación a Madrid y en esto, pues nada, allí una multitud que nos apretujó y nos deshizo. Mi hija, que venía conmigo, yo no sé por dónde se fue, yo me quedé solo. Y me encontré con un grupo del que sólo conocía a un..., que fue diputado socialista. Muño, que ahora está en Toulouse, vive, llevaba un coche de alquiler con varios entusiastas y me subieron a la capota del automóvil y me llevaron por los barrios bajos de Madrid, recorriendo y todo eso.

Y digo, pero bueno, llévenme ustedes a la presidencia del Consejo de Ministros que nos están esperando. Y allí llegué a la Presidencia y luego al ir a mi domicilio a la calle Carranza me encontré con otra novedad, un señor también galoneado que era el lacayo del coche de la Presidencia... del ministro de Hacienda, que a ver a qué hora quería Su Excelencia el coche. Su Excelencia era yo (se ríe) (risas)..., y así empezó la cosa, ese es el viaje.



## 2. El 18 de julio de 1936

R. S.— ¿Y el 18 de julio?

I. P.— El 18 de julio...

Voz femenina.— ¿Dónde se enteró usted?

I. P.— No, yo lo supe el 17.

Voz femenina.— ¿Por la muerte de Calvo Sotelo?

I. P.— No, no, eso fue el 12, la muerte de Calvo Sotelo. Yo fui el primero que supo en Madrid. Eso lo he contado en alguna crónica.

R. S.— ¿Usted lo sospechó antes por el discurso de Cuenca?

I. P.— No, y por veinte... Pero vea usted.

R. S.— Me acuerdo del discurso de Cuenca.

I. P.— ¡Claro! Yo empecé a hacerlo público cuando ya el presidente del Gobierno, que era el pobre Casares Quiroga, cansado de oírme a mí el vaticinar la guerra y yo le daba algunas noticias, que yo tenía alguna información propia. Yo veía que las recibía de mala gana porque no creía en la guerra. Y un día en el despacho de ministros del Congreso entré y le dije: Oiga usted, Casares, le voy a decir a usted que se han descubierto unos uniformes de la Guardia Civil facturados que iban, a gente que iba a sublevarse vestido de guardia civil.

Y me dijo Casares: “Mire usted, Prieto, ya me está usted molestando”.

No fue la palabra molestando, sino otra más gráfica, “usted está con la menopausia”. Y yo entonces me retiré, y como quería que hubiera constancia de esto que me había pasado con el jefe del Gobierno, entré en el salón de sesiones, estaba presidiendo la sesión Martínez Barrio, y subí yo al estrado presidencial y le dije: Hombre, quiero que sepa usted, don Diego, que me acaba de suceder esto con el Presidente del Consejo y yo ya no... Desde aquel día yo no volví a hablar con Casares Quiroga hasta el día 17, no el día 18.

El día 17 empezó la sublevación en Marruecos. Sucedió que yo vivía en Bilbao en la calle Carranza, número 20.

Voz al fondo.— ¿Bilbao? En Madrid.

I. P.— En Madrid, el número 20, que es la penúltima casa de este bulevar de Carranza. Sigue luego una..., la glorieta de San Bernardo y luego continúa la otra calle..., de Sagasta, donde está el hospital “La Princesa”...

Pues bueno, una de las primeras casas de la calle, esa, continuación de la mía, vivía un comandante de la Guardia Civil que se apellidaba Naranjo, el cual era ayudante del general Pozas, aquellos días todavía ministro de la Gobernación. Y entonces este hombre recibió un radiograma de Melilla en que la Guardia Civil, todavía afecta a las instituciones, le comunicaba, comunicaba a una estación de la Guardia Civil de telegrafía sin hilos que tenían un parque móvil que se llamaba Barrio de las Cuarenta Fanegas, en los alrededores de Madrid, hoy será zona urbana. Un radiograma, diciendo que se había sublevado la guarnición de Melilla. Entonces este hombre que tenía relaciones de amistad conmigo subió a mi casa y me leyó el radiograma. Yo no sé dónde encontraré ahora a ministros... no está en su despacho todavía, voy a ver si le encuentro, de manera que yo lo supe antes que lo supiera el Gobierno.





Entonces me..., aunque yo no me trataba con Casares Quiroga como consecuencia de esa insolencia que tuvo conmigo, pues yo me creí en el caso de ir no sólo a avisarle, que ya le avisarían, naturalmente, sino de ponerme a su disposición, a ver qué se podía hacer, y me fui al Ministerio de la Guerra, porque él era jefe del Gobierno y ministro de la Guerra. Yo vi allí que todo estaba normal, que nadie sabía nada, la gente...

### **3. Dimisión de Casares Quiroga**

Voz al fondo.— ¿De la Guerra o de la Gobernación?

I. P.— De la Guerra, de la Guerra, Ministerio de la Guerra (aclara). Casares, sí, ministro de la Guerra y presidente... Los mismos cargos que tenía Azaña. Y pregunté por el ministro y dice... pues no ha venido todavía, pero puede esperar usted.

Y le esperé en su propio despacho.

Él había estado en Palacio a despachar con Azaña, que era el presidente de la República, y ya en Palacio el general Pozas, que lo supo por el comandante Naranjo, le había telefonado lo que había ocurrido. Y llegó este Casares Quiroga descompuesto, muy trémulo. y él creía que yo ignoraba la noticia. Y digo, le vengo yo a decir esto, y a ponerme a su disposición si hay que hacer algo.

[Casares]: — Sí, yo le pido a usted un favor...

[Indalecio Prieto]: Qué dirá...

[C.].— Que no lo diga usted a nadie, porque no lo sabemos más que Azaña, usted y yo y el general Pozas.

[I. P.].— Y digo: ¡Hombre! Pues no sea usted inocente, esto que ha pasado en Melilla es, sencillamente, una anticipación como ocurre en todas estas cosas, pero esto no es una cosa aislada; esto es una cosa de toda España.

[C.]: ¡Hombre! Que no, que ya verá usted, que yo me voy a dirigir a los gobernadores.

[I. P.]: Digo, perdone usted Casares, pero creo que está usted equivocado. Estamos en el comienzo de una sublevación general que quizá no haya sido conectada debidamente entre los conjurados, pero no cabe ninguna duda, no van a ser tan locos estos de Melilla que se vayan a sublevar sin tener ningún apoyo.

Y me instó a que yo no dijera nada. Claro, al cabo de...

(Continúa hablando Prieto con Casares, y le dice: ...) Digo: Yo creo, pues, lo contrario; que debe usted dirigirse por telégrafos ahora mismo a todos los gobernadores de las provincias previniéndoles y que ellos se dirijan a todas las organizaciones obreras y a los partidos políticos para que se apresten a defender la República. Pero él insistió en que no... Al cabo de... fueron transcurriendo las horas y recibiendo él noticias, y ya por la tarde de ese mismo día, él dimitió.

Entonces le encargó Azaña del Gobierno a Diego Martínez Barrio, y Diego Martínez Barrio tomó posesión por la noche. y de madrugada dimitió, porque había habido ya, había cundido la noticia en Madrid y había habido manifestaciones contra el propio Gobierno creyéndolo débil y etcétera, y a la mañana siguiente (esto era ya el día 18, claro, del mismo día 18), pues me llamó Azaña a Palacio, fue una serie de escenas lamentables; Ofreció el poder a dos o tres ministros que no lo quisieron aceptar y, al fin, lo aceptó él señor Giral. Y entonces, pues, yo fui a casa (me había pasado la noche en vela) a bañarme y a lavarme, y me fui yo a casa de Martínez Barrio, que vivía allá al final de la calle de Ayala, creo, para decirte,



bueno, mire usted, el Gobierno que se ha formado es un gobierno muy débil, yo creo que debemos estar al lado del Gobierno, asesorándole en la medida que pida nuestro asesoramiento. Pero aunque yo me di prisa, ya estaba él camino de Valencia, y en Valencia se quedó. Se quedó en el Club Náutico, Club de regatas.

Y nada ya, sucedió la sublevación, luego se pasó el día ese un poco incierto, de las tropas que se habían... hecho fuertes en el Cuartel de la Montaña con el general Fanjul, que fue fusilado por eso. Se venció eso... Lo vencieron, en realidad, los aviadores, disparando bombas sobre el Cuartel de la Montaña y ya se rindieron y todo lo demás ya son cachos de historia conocidos por todos.

I. P.— [Recuerda a don Miguel de Unamuno y habla de los espías.] Yo creo que éstos... Son espías de la policía,

Y don Miguel, que era muy receloso, dice: ..¡Hombre!, pues, sabe usted, por eso me acuerdo ahora por lo del cine. ¿Sabe usted que el otro día uno de ellos, Durán, estuvo tomando notas de mi discurso y cogió luego el tren para ir a Madrid y volvió dos días después?..

[Indalecio Prieto] Pues naturalmente a llevar el extracto del discurso de usted a la Dirección General de Seguridad, no cabe duda.

Dice: “¡Hombre! Pues me hace usted pensar.”

[Indalecio Prieto]: Pues no lo dude usted.

Este Durán era socialista, era también de Málaga. Era malagueño. Este Durán había vivido mucho tiempo en Londres, era médico —no creo que haya practicado nunca — cuando se hizo muy amigo de Araquistáin.

Y en la primera guerra Araquistáin organizó en España una especie de servicio de contraespionaje, ¿no?, a favor de Inglaterra. Luego este servicio se fundió con el francés.

Y primeramente tuvieron una oficina en la calle de Echegaray, casi esquina a la Carrera de San Jerónimo. Y este Durán vino de Londres a este servicio de contraespionaje inglés.

Y luego a mí me dio... e ingresó en el Partido Socialista, que pertenecía. Y entre otras cosas, pues, yo lo veía con mucha frecuencia en casa de Azaña.

Y yo le dije a Azaña: Pero bueno, este hombre ¿qué hace aquí?

[Azaña]: ..Pues nada, ahí viene..., a curiosear libros y cosas...

[Indalecio Prieto]: Pues mire usted, Azaña, a mí me da este hombre muy mala espina. Bueno.

Pues luego, unas memorias que ha publicado el general Mola, memorias concernientes a su paso por la Dirección General de Seguridad, él se jacta diciendo: “Pues el gobierno republicano, o los republicanos, no consiguieron descubrir mi servicio de espionaje, porque uno de los principales agentes que yo tenía le han dado un puesto en Marruecos.”

Y era este Durán, que había un cargo de no sé qué, del arrendatario de tabacos en Tánger. Y era este Durán.

Y luego, cuando la caída de Málaga (yo le explicaba a usted eso del ascenso y todo eso), pues este Baudilio San Martín, que fue el último militar que quedó en Málaga, y que yo le dije por teletipo que se retirara para que no lo fusilaran. Digo: venga usted a Valencia.

Y se presentó en mi despacho. Y venía con este Durán. Y luego yo le llamé aparte a él y le dije: ... Y este Durán ¿cómo viene con usted?





... Dice San Martín: “Sí, yo le conozco. Se ha juntado en Motril conmigo. Sabía que venía a hablar con usted y ha venido conmigo.”

[Indalecio Prieto]: Pues ándese usted con cuidado, que este hombre no es trigo limpio.

Claro, uno no quiere cometer algunas veces unas equivocaciones que pueden ser irremediables, ¿no? Pero después yo a éste en la..., después de la toma de Teruel lo encontré en el Cuartel General de Leopoldo Menéndez, que era... ha muerto ahora de cáncer este pobre... [Se interrumpe el relato, porque suena el teléfono.]

... Hombre, yo no, como le he conocido tanto en casa de Azaña, pues digo: Mire usted, mándele usted quitar ahora mismo..., qué pretexto, de aquí... Pues ahora Durán se está paseando por las calles de Madrid tranquilamente.

#### **4. Opinión sobre Azaña**

Rafael Supervía.— Mire, don Indalecio, yo siempre he querido preguntarle a usted, y lo va a hacer en sólo cinco minutos, como un dibujo rápido. ¿Qué impresión tiene usted de Azaña? ¿Qué clase de político y de hombre?

I. P. — ¿Se puede cortar?

R. S.— Bueno, sí...

I. P.— ¡Ah! Bueno, sí...

Voces.— Sí, sí.

I. P.— Pues mire usted, yo, Azaña, creo que era... Si yo estoy enemistado con la familia de Azaña es porque su señora me declaró la guerra santa. Era, es amiga de éstas, pero le ordenó a toda la familia que no me saludara nadie; porque yo hice un artículo necrológico que..., cuando murió Azaña, y ¡vamos!, yo me puse en lo justo cuando al menos expresé sinceramente mi opinión.

Azaña era un gran orador. Difícilmente nadie haya hablado públicamente el castellano más magnífico que él hablaba. Era un hombre elocuente y la elocuencia le hacía a uno olvidar, al que le oía, la fealdad de su rostro, porque era una fealdad como para retratarla. ¿no? Pero como político yo creo que es uno de los grandes responsables de la guerra. Por exceso de optimismo. Porque no creyó nunca en la guerra

Y esta convicción se la transmitió a Casares Quiroga, que lo hizo jefe del Gobierno para tener un doméstico a su servicio. Y Casares Quiroga no tenía más criterio que el de Azaña. Y como Azaña no creía en la guerra, Casares Quiroga no creyó tampoco en la guerra (ya les he contado a ustedes alguna anécdota) y, naturalmente, la guerra se les echó a los dos encima, sin darse cuenta. Cuando era una cosa de toda evidencia que la guerra estallaba. De manera que yo creo que hay en el campo de las izquierdas dos grandes responsables de la guerra, que son, uno, don Manuel Azaña, por lo que le digo a usted y, otro, don Francisco Largo Caballero, que creyó que iba a hacer la revolución bolchevique.

Y, naturalmente, pues, éste dificultó, Caballero, todas las soluciones de una verdadera coalición gobernante y, cómo no..., a mí..., me motejaron de que yo todo esto que decía de la guerra, que eran cuentos de miedo, lo llamaron. Lo hacía para justificar mi deseo de que se formara un Gobierno de coalición. Pero yo veía que el Gobierno republicano por sí, que era insuficiente, que era muy débil y, naturalmente, Azaña, además, pues quiso tener un Gobierno en su mano, por eso nombró a Casares Quiroga presidente del Consejo y ministro de la Guerra, nombró a Amos Salvador, sin ninguna tradición republicana, pero íntimo amigo de él,



porque Amos Salvador había sido diputado de la monarquía, era hijo de un ex ministro liberal también llamado don Amos Salvador.

R. S.— De Logroño.

I. P.— De Logroño. Hizo ministro a Enrique Ramos, nada más, porque fue su secretario en la presidencia con él. Hizo un Gobierno de tipo doméstico y, naturalmente, ninguno de éstos tenía autoridad para enfrentarse con Azaña, porque no tenían los suficientes bríos y porque le adoraban a Azaña hasta la idolatría. Azaña era un gran tribuno, un gran parlamentario, hacía los discursos maravillosos. Únicamente había algunos detalles estéticos feos, ya que una vez ponía las manos en jarra sobre las caderas; pero el castellano que hablaba don Manuel Azaña era maravilloso.

Ahora, yo creo que como político se equivocó, porque no creyó nunca en la guerra. Y al no creer, pues, no se pueden tomar precauciones contra la guerra. No se pueden tomar precauciones contra un peligro cuya existencia se niega. Y ésta fue la equivocación de Azaña. El creí que tenía el Ejército en la mano. Lo dijo alguna vez en el Congreso. Y él tenía el Ejército en la mano, y le tomaron el pelo. Franco..., todos. O sea, Mola, que es el verdadero organizador de la sublevación, porque Franco no se decide más que muy a última hora, ¿no? Pero a Mola le dan el Gobierno Militar de Pamplona, la única provincia donde hay población civil carlista dispuesta a sublevarse, la única provincia en toda España, y además a treinta o cuarenta kilómetros tiene la frontera, por si le sale mal, y por Burguete se pasa a Francia. Naturalmente, éste organizó impunemente la sublevación, la organizó Mola en Pamplona contando con el concurso de todo el Partido Carlista, que es el único, en... En Navarra la represión ha sido tan feroz que, no habiendo podido levantarse nadie en defensa de la República, absolutamente nadie, han fusilado aproximadamente a todos los varones que el 16 de febrero votaron por el Frente Popular en aquella provincia.<sup>5</sup>

---

<sup>5</sup> Aquí se interrumpe la cinta. El añadido corresponde a un recato similar sobre Navarra en el capítulo “Los orígenes de la sublevación franquista”, de *Convulsiones de España*, del mismo Indalecio Prieto (1967), Tomo I, México, p. 170.